



Autoridades académicas, queridos galardonados con la medalla de plata de la Universidad, familiares y amigos,

Un año más nos reunimos en este acto para celebrar algo realmente importante: la dedicación de 114 personas durante 25 años a la Universidad, a la Clínica y al IESE. Entre ellas, Jesús García Onrubia, nuestro compañero de Tecnun, a quien tenemos hoy especialmente presente. Es un día de fiesta, porque celebramos lo que somos y cómo somos. Y, sobre todo, es una ocasión de agradecer algo que pasa con frecuencia inadvertido: la categoría humana y profesional de las personas que trabajan junto a nosotros, con nosotros. Este año vivimos las segundas medallas de la pandemia, y aunque continúan las restricciones, la propia organización del acto, con más asistencia que el año pasado, nos habla de esperanza. Deseamos que llegue el momento de vernos sin mascarillas y de sonreírnos no solo con los ojos, pero sabemos también –lo hemos experimentado en estos años- que trabajamos en un lugar donde las crisis y dificultades se enfrentan sin derrotismo y con generosidad, precisamente por el compromiso de los que formáis parte de la Universidad y la Clínica. Enhorabuena a cada uno de vosotros, gracias a todos. Gracias también a Pepa por sus palabras, llenas de... calidad e innovación.

Decía que celebramos lo que somos y cómo somos. En mis palabras de esta tarde, quería detenerme un momento en este segundo aspecto, ¿cómo somos? ¿En qué consiste ese algo intangible que se experimenta en esta universidad, en esta clínica? Existe el peligro de responder a estas preguntas con lo que podríamos llamar un *idealismo malo*. La Universidad, la Clínica son proyectos magnánimos, aspiran a grandes fines: servir a las personas a través de la docencia, la investigación y la asistencia sanitaria, hacer avanzar el conocimiento, y así transformar el mundo en un lugar más humano, más justo y solidario. Estos grandes horizontes animan nuestra tarea de cada día, nos dan fuerzas cuando amenaza el cansancio, nos impulsan a avanzar. Para que esto sea así, sin embargo, es preciso que se hagan realidad en nuestro día a día, que configuren la cultura de nuestra organización.



El *idealismo malo* afirma lo primero –es decir, esos grandes horizontes que impulsan nuestro trabajo-, pero no tiene en cuenta que lo segundo –hacerlos realidad en la cultura de nuestra organización- requiere una mirada comprensiva que pase por encima de las inevitables limitaciones humanas. El riesgo es entonces la incoherencia, y convivir con la incoherencia podría generar frustración e incluso cinismo.

El *idealismo bueno*, por el contrario, está firmemente enraizado en la realidad, no renuncia a la complejidad ni espera la perfección, pero precisamente por eso está cualificado para inspirar a una institución y a las personas que forman parte de ella, en la búsqueda de esos fines que dan sentido a nuestra tarea. El *idealismo bueno* se hace cultura de la institución, se encarna en el día a día, orienta comportamientos, formas de abordar los asuntos, estilos de trabajo y de dirección. Se transmite casi de forma natural de unos a otros. Muchos de nosotros hemos aprendido a trabajar directamente de los pioneros de la universidad, cuando no había programas de formación, pero sí muchas conversaciones con nuestros maestros. Empleando una metáfora biológica, si nuestro ideario es el genoma, la cultura de la Universidad y de la Clínica son el epigenoma, la forma en que esa identidad se encarna en cada momento histórico. Nuestro reto colectivo es el de crear de forma dinámica, viva, una cultura que esté en contacto vital con lo que somos, con nuestra identidad. Aunque son muchos los rasgos que nos definen, me gustaría compartir algunos que considero de especial relevancia:

- Una cultura de pasión por el trabajo. La aportación de cada uno en la universidad, en la clínica es distinta, según el puesto que ocupe, y también porque diferimos en nuestros talentos, en el modo de abordar las cuestiones. Pero la tarea compartida es fuente de unión entre nosotros. Porque nuestro objetivo último es el mismo: enseñar, investigar, cuidar, curar. Por eso nos importa más el conjunto que lo particular. Por eso cultivamos una sana insatisfacción, intentamos mejorar siempre en nuestra tarea, actualizarnos, incorporar los avances en otros ámbitos o en otras instituciones; ser nosotros mismos fuente de innovación y de cambio.



- Una cultura que acepta la imperfección y aprende de los fallos. No somos mejores que nadie. Nos equivocamos personalmente y estamos rodeados de personas que se equivocan. Fallamos y nos rodean personas que fallan. La aceptación de la limitación propia y ajena va de la mano del deseo de mejorar que antes mencionábamos y se manifiesta en la capacidad de transmitir lo que no funciona de forma positiva, dando soluciones; en la autocrítica, que comienza por cuestionarse la propia actuación antes que juzgar la de los otros; y en la valentía y la apertura para dar y recibir *feed-back* (espero que se me perdone el anglicismo), de modo que la visión de los que nos rodean enriquezca la nuestra.
- Finalmente, una cultura del respeto y la confianza entre personas. Trabajar juntos no solo nos hace capaces de llegar más lejos, sino que nos transforma personalmente; enriquece la actividad que llevamos a cabo, sea la que sea, con esas relaciones humanas que día a día, año a año, nos cambian. Tenemos la experiencia de esos lazos profundos que nos unen, diversos en intensidad y duración, que van desde el compañerismo, hasta la amistad o incluso a esa peculiar, si se puede llamar así, fraternidad profesional que surge cuando se ha trabajado y se ha sufrido hombro con hombro junto a otros. Los rostros que definen este acto, tan distintos, nos recuerdan que la Universidad, la Clínica son, somos, ante todo personas; que cada uno merece ser escuchado, acogido, cuidado en sus momentos de vulnerabilidad, acompañado hacia la mejora cuando se equivoca. El cuidado de las personas y el entorno empieza aquí, en nuestra casa.

¿Cómo lograr que esta cultura de pasión por el trabajo, de aprendizaje de los errores, de confianza y respeto sea una realidad en cada departamento, en cada planta, en cada servicio? No tengo la respuesta, pero sí la certeza de que todos podemos contribuir a ella con pequeños o grandes gestos. Hace unos meses, en este mismo lugar, D. Diego Martínez Caro, profesor y médico, recordaba sus encuentros con el fundador de la Universidad y se sorprendía de la evolución que él mismo había presenciado. Sus palabras finales no fueron sin embargo nostálgicas, sino esperanzadoras: “lo mejor está por llegar”. Os propongo que abordemos esas pequeñas o grandes acciones con ese convencimiento:



lo mejor está por llegar, y llegará si cada uno de nosotros se empeña en crear la cultura, la forma de trabajo que todos deseamos.

Celebramos 25 años de esfuerzo, de luces y sombras, de ánimos y desánimos, de proyectos cumplidos, y otros todavía por conquistar. Un camino que nos ha hecho más humanos, más conscientes de nuestros límites y de la ayuda que recibimos de los demás. Y quería ahora dirigirme a las familias que acompañan presencialmente o de forma remota a nuestros galardonados. Vosotros sois el apoyo que necesitamos para superar cansancios o derrotas, los que celebráis nuestros éxitos y os apasionáis con nuestros sueños. Todos formáis parte de la Universidad de Navarra, también aquellos cuya única vinculación sea la que ahora celebramos. La Universidad tiene unos límites visibles, pero se enriquece con las familias de los que formamos parte de ella. Gracias por estar siempre ahí. El aplauso final, con el que tradicionalmente se cierra este acto, es para vosotros.

Muchas gracias.